

bien un implacable policía de novela que una de las diez autoridades máximas del mundo, y aunque sus pensamientos sean infinitamente más agudos que los que pudiera tener un inspector de policía. Se seguirá leyendo a pesar de que Lenina Crowne se nos aparezca como una "muñeca" de la época del "jazz", y sus amores "somatizados" con Bernard Marx nos resulten propios de ingleses puritanos del año 1932 de la Era de Cristo. *Brave new world* presenta el defecto corriente de toda visión de una sociedad venidera: un autor es capaz de vislumbrar sus contornos generales, pero nunca sabrá en qué medida va a cambiar la mentalidad del miembro que la compone.

Carlos Morand

<https://doi.org/10.29393/At396-65MYPL10065>

La Misión Yrarrázaval en Roma, de CARLOS OVIEDO CAVADA.
Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile.
Santiago, 1962

Tal es el título de la valiosa obra escrita por el P. Carlos Oviedo Cavada y recientemente editada por el Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile.

En ella se estudia con acopio de documentos y con notable ecuanimidad de juicio, la misión diplomática que ante la Santa Sede desempeñó don Ramón Luis Yrarrázaval en el período que va de 1847 a 1850. Lo que al respecto habían escrito nuestros historiadores clásicos aparece ahora muy incompleto. No tuvieron ellos la fortuna de poder consultar los archivos vaticanos.

Al iniciar el Presidente Bulnes su segundo período, ocupaba los Ministerios del Interior y de Relaciones Exteriores el señor Ramón Luis Yrarrázaval. Al aceptar el nuevo cargo que se le ofrecía —el de Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario ante la Santa Sede—, hubo de renunciar a su actividad política para preparar las bases de un Concordato tal como deseaba el Gobierno de Chile. Las razones de un cambio tan considerable se discuten aún ahora: para algunos el retiro de Yrarrázaval fue una maniobra de don Manuel Montt, que deseaba alejar a un rival temible; para otros, el sincero deseo que tuvo de tomar un reposo y de rehacer su posición económica gravemente quebrantada. Lo cierto es que la Misión fue bien rentada y mirada con mucho favor por el Gobierno de ese tiempo. Se quería lograr un completo acuerdo en las materias que llamaremos de nombramientos eclesiásticos y que no habían encontrado ajustada solución desde los tiempos de la Independencia.

El señor Yrarrázaval procedió con calma. Su decreto de nombramiento es de 14 de abril de 1845 y sólo se embarcó en Valparaíso en enero de 1846 para llegar a Burdeos en abril de ese año. Larga demora lo detuvo en París esperando unas nuevas credenciales. Es así como pudo presentarlas recién un año después, el 22 de junio de 1847.

La ceremonia fue solemnísimas y grata. Acababa de subir al solio Pontificio Pío IX y tuvo particular satisfacción al recibir al enviado chileno. Conservaba de nuestro país un recuerdo amable, a pesar del fracaso que tuvo la

Misión en que intervino y que había presidido Monseñor Muzi. Bien conocía el Papa cuál era la posición chilena en punto a Patronato, posición que la Santa Sede no aceptaba, mas esta diversidad de pareceres no fue tocada en la primera y cordial entrevista. El señor Yrarrázaval pudo hacerse ilusiones acerca del éxito de su gestión y muy pronto hizo llegar el primero de sus escritos, notable pieza jurídica que mereció elogios en Roma, pero que no sería aceptada.

La agitación que reinaba en Roma y en toda Italia —estamos en vísperas de la Revolución de 1848— le impidió a Pío IX ocuparse de la Misión chilena. Deseoso de lograr un acuerdo designó a su personal representante a Monseñor Corboli Bussi, con quien trató el señor Yrarrázaval. Al cabo de muchas conferencias y consultas esperaba obtener un entendimiento, pero brusca-mente las cosas se encresparon y tomaron mal cariz. El Papa hubo de abandonar Roma para refugiarse en Gaeta y aunque el diplomático chileno lo siguió a la nueva Sede, ya no pudo seguir tratando con Monseñor Corboli Bussi sino con el Cardenal Vizzardelli, canonista inflexible que se negó a cualquier transacción. El señor Yrarrázaval tampoco se dio por vencido: comunicó a su gobierno los cambios sobrevenidos, pero continuó las negociaciones. Esperaba siempre en un cambio de política de la Secretaría de Estado y no le faltaba razón, como lo demostraron los hechos posteriores. Pero, entretanto, las puertas se le cerraron y aun el propio Pío IX no estuvo de su lado. La carta que el Romano Pontífice envió al Presidente Bulnes, lamentando el fracaso de la gestión, es calificada discretamente por el autor de este libro de "extraña". En verdad, contiene un juicio severo e injusto. El señor Yrarrázaval, sin abandonar la línea doctrinaria que debía conservar, agotó sus esfuerzos en pro de un entendimiento. El autor le reconoce competencia, tenacidad y celo.

Si bien la Misión no tuvo éxito —al menos éxito completo, pues consiguió algunas ventajas—, don Ramón Luis Yrarrázaval conservó su prestigio. Más de una vez hubo críticas parlamentarias por el fuerte desembolso que significa una misión numerosa y prolongada, pero se respetó a la persona de su jefe. Lo que seguramente no le hubieran perdonado los gobernantes y parlamentarios de ese tiempo hubiera sido una claudicación en materia del derecho del Patronato. Tan metida estaba en la conciencia de los chilenos esa vieja noción española que nos refiere el P. Oviedo, que en una sesión de la Cámara de Diputados la defensa del Patronato la hizo el canónigo Taforó sin que nadie lo contradijera.

Como ése, encontramos en el libro que comentamos, muchos episodios interesantes de nuestra historia cívico-eclesiástica que no conocíamos. Tampoco escasean algunas atinadas reflexiones sobre las variaciones de la política vaticana en sus relaciones con las Repúblicas iberoamericanas. A partir de 1850 se hizo sentir en la Secretaría de Estado la influencia decisiva del Cardenal Antonelli y esto explica cómo en 1851 pudo lograr el Gobierno

de Bolivia —y muchos otros Gobiernos americanos después— un benévolo Concordato que hubiera satisfecho al señor Yrarrázaval. Juzgando su conducta puede aplicársele la frase profunda que del Balmes político escribió Menéndez y Pelayo: tuvo razón antes de tiempo.

Pedro Lira Urquieta

Homo Faber - Homo Dei

La técnica es un ardid para organizar el mundo de manera que no tengamos que vivirlo, le dice Hanna al ingeniero Walter Faber, en una novela del escritor suizo Max Frisch. La singular penetración de la mujer, con estas palabras inicia el análisis crítico de una actitud ante la existencia que la compromete a ella misma, y valora, no sólo por contraste, sino por necesidad interior, otro modo de concebir la vida, que tome en cuenta lo realmente humano, abarcando el tiempo y la muerte.

Hanna, como mujer, es una criatura de la naturaleza, diría Thomas Mann. La circunstancia, la orientación dada a su vida, no alcanzan a agotar la "naturalidad" de esa mujer. Aunque ella no sepa explicar bien un pensamiento que está penetrado de angustia, intuye el error sobre el cual ha armado su existencia el técnico: cierta inhumanidad, que le es cobrada finalmente en moneda de mundo, de tiempo y de muerte, de aquello auténtico que no ha considerado en la vida y para la vida; el olvido de una fuerza que parece domeñada durante mucho tiempo por la inteligencia y que, cuando irrumpe bajo el nombre de destino, llámesele Providencia, llámesele azar, quiebra un orden dictado por una mente que puede calificarse de egoísta, unilateral o cobarde.

En ese fragmento de novela está la clave de ella. Walter Faber lo califica de discusión, aun cuando sólo se registra la opinión de la mujer a través de las secas y escuetas ideas con que Faber la sintetiza, oponiéndoles repetidamente un "no sé qué quiere decir Hanna con eso". La conciencia de Faber se niega a tolerar su significado, porque tendría que aceptar su fracaso como ser humano y su ceguera moral. Faber puede querer engañarse, pero la habilidad del novelista no compromete al lector en este autoengaño al hacer seguir a este debate-monólogo y por la propia pluma de su héroe, la descripción de lo que le aconteciera íntimamente en Cuba.

El ingeniero está recluido en una clínica de Atenas, grave de un cáncer al estómago, cuando recoge en su diario la actual discusión con Hanna y los episodios cubanos tan cercanos en el tiempo. La conversación y el relato, situados inversamente en lo temporal —primero lo último, último lo primero—, están dispuestos así para iluminar dos actitudes vitales distintas: una defensa desesperada en el plano de lo consciente y revelable; una confesión abierta en la reserva de las páginas escritas y destinadas a ser destruidas. En la discusión, a cada aserto inteligente de Hanna, se le enfrenta aquel "no sé qué pretende significar con esa frase"; en el relato, el *leit motiv* es la entrega a otro tipo de vida, la idea de que se pudiera volver a empezar la existencia rectificando lo realizado.